

UNA REFLEXIÓN SOBRE LA CORRUPCIÓN A PROPÓSITO DEL RELATO DE NOÉ

P. Mario Yépez Barrientos, CM

Licenciado en Teología Bíblica - *Pontificia Universidad de Comillas.*

Director de Estudios del Instituto Superior de Estudios Teológicos Juan XXIII



El ambiente de corrupción social que estamos viviendo, no solo en nuestro Perú sino en el mundo, viene deteriorando profundamente nuestra convicción de fe, pues nos cuestiona hasta qué punto nos hemos dejado vencer por el terrible flagelo de la incoherencia y la hipocresía. En el marco de nuestra sociedad peruana, donde decimos ser un país mayoritariamente católico, la tendencia apunta a considerar que es mejor ser el malo y el corrupto, ya que estos viven mejor, que aquel que se esfuerza a diario por salir adelante y no tiene cómo defenderse ante las injusticias. Para asombro de muchos, aunque se sigue temiendo a los ladrones de la calle que pueden incluso arrebatarte tus cosas en

un instante ahora se teme más a los que “se visten de saco y corbata” y hacen un daño permanente y “legal”, porque han encontrado la manera de vivir holgadamente a costa de los demás, de los pobres, y encima irradian una hipocresía tan descarada que indigna terriblemente.

Se constata una realidad: la maldad en el ser humano; pero cuando la queremos contrastar con nuestra lectura de fe acerca de la creación nos encontramos con esta afirmación: “*todo lo hizo muy bien*” (Gn 1,31). ¿Qué pasó? Pues, algo le ha pasado al corazón del hombre, se ha corrompido de sobremanera y le resulta más fácil obrar pecaminosamente que hacer lo correcto, seguir el mal ejemplo que mantenerse en sus propias convicciones. Los

autores de la Biblia no dejaron de reflexionar sobre esto, y así la gran pregunta por el mal no solo es parte de los llamados relatos de los orígenes (Gn 1-11), sino que está presente en los diferentes escritos de la Biblia, lo que nos habla de una sugerente evolución de pensamiento al respecto. Así pues, de considerar que todo está en las manos de Dios, incluso las desgracias (“por algo será”; Lam 3,38; Eclo 11,57), pasando por la iniciativa de los seres celestiales que distorsionaron el orden de la creación (Gn 6,1.4) se empieza a cuestionar que esto pueda darse de una forma ajena al hombre, lo que termina volcando toda la atención justamente en *“una tendencia de las intenciones del corazón hacia el mal”* (Gn 6,5). Se personaliza, de esta forma, el ejercicio de la maldad. Pero, así el ser humano decida elegir entre el bien y el mal, Dios es su Creador y es él quien en su infinita sabiduría ha determinado misteriosamente la permisividad de la maldad. Gracias a los estudios bíblicos sabemos que la producción literaria de los escritos de la Biblia alcanzó un nivel importante de desarrollo en el tiempo posterior del exilio, un tiempo donde la meditación acerca del mal los llevó a discernir que, tal situación vivida, era consecuencia, más bien, de sus propios pecados. Pero tuvieron que vivir una real catástrofe para darse cuenta hasta dónde habían llegado en el mal proceder de su conducta.

Es curioso, porque, aunque estemos en un tiempo donde pulula una especie de indiferencia religiosa, casi siempre se maneja un lenguaje religioso cuando nos vemos acosados por las catástrofes y desgracias, provocadas por el hombre o por la naturaleza. Algunos lo utilizan para canalizar mejor sus mentiras, otros sin temor alguno juran en nombre de Dios cumplir una responsabilidad política o social sabiendo que solo buscan aprovecharse de esa situación. Otros proclaman que los huaycos, huracanes, desbordes de ríos, terremotos, maremotos, son castigos de Dios a una generación incrédula. Por otro lado, ante las injusticias sufridas, deseamos que “Dios sea quien haga justicia”, lo que hablaría de que Dios le devuelva al agresor incluso con mayor fuerza un castigo muchas veces mayor que el realizado. ¿Es de verdad ésta la justicia divina? A esto le sumamos cómo se ha perdido credibilidad en las instituciones y en las personas (también en la Iglesia); todos manejan discursos que supuestamente defienden la “verdad” pero no son más que “verdades” para los intereses particulares de cada cual. Ya nadie parece confiable y lo preocupante es que tampoco nosotros mismos nos consideramos realmente confiables. Se dice que ya no es tiempo de los buenos ni de los justos, estos han desaparecido; es el tiempo de los “avivados”, de los mentirosos, de los “que pueden”.

Finalmente, surgen voces fatalistas que promueven una anarquía total, “que termine de una vez todo esto”, “llévatelos Señor de una vez”, “cómo quisiera que arrasen con todos esos corruptos”.

En mi afán de buscar una iluminación bíblica para desentrañar esta realidad que hoy vivimos me fui metiendo poco a poco en uno de los relatos más pintorescos del libro del Génesis: la narración de Noé y el diluvio. Me convenció aún más estudiar detenidamente este relato por el vocabulario que coincide con esta realidad pues aparecen términos como “maldad”, “corromperse”, “arrasar”, “destruir”, “borrar”, aplicados al ser humano y todo ser vivo de la tierra. Pero la pregunta que se abre entonces, sería: ¿puedo ser yo el justo Noé a quien Dios pueda concederme su favor y ayudar a otros a salvarse de la corrupción? O más bien, ¿sería uno de aquellos arrasados por las aguas de la catástrofe universal?

Una primera cuestión que es preciso anotar, es la advertencia de todo buen biblista a quienes desean acercarse a los textos sagrados, para lo cual debe apelar a la sutil manera de ofrecer una orientación convincente de la importancia de un relato (y muchos buenos autores los hacen muy bien) que, aunque no describe cabalmente lo que sucedió, retrata muy bien la realidad humana de todos los tiempos. Así, al acercarnos a este relato bíblico con ropaje mitológico, debemos

entender que estamos ante una “representación histórica” de algo que sucedió, sucede y sucederá mientras exista vida en esta tierra. Es obvio, además, que los primeros destinatarios no fuimos nosotros sino la comunidad judía pos exílica, pero como veremos, por ser Palabra de Dios, puede decirnos también mucho hoy. Entonces, no pretendamos preguntar si Noé existió o no, o si el arca fue “realmente” construida o no, porque no son las preguntas que debemos hacerle a este relato bíblico. Si este ha sido escrito y aceptado como una historia inspirada no fue para responder esas preguntas. Tampoco consideremos que tal narración haya sido tan original pues los autores no fueron ajenos a las diversas narraciones míticas (la influencia de los relatos míticos mesopotámicos fue determinante en la elaboración de esta narración bíblica: Epopeya de Gilgamesh y el poema de Atrahasis) donde expresaban los pueblos de pasado la ocurrencia de una catástrofe que asoló la tierra en la “prehistoria” y que dio origen a la actual humanidad. Pero, los redactores finales, interpretando desde la fe, aportaron elementos para una reflexión profunda buscando desmitificar justamente aquel relato, y convertirla en una literatura sagrada capaz de juzgar la realidad del ser humano de todos los tiempos.

Intentemos revisar esta narración y busquemos los puntos de encuentro con la realidad actual, y veamos si podemos obtener elementos de reflexión teológica que nos puedan ayudar a tomar conciencia del gran peligro que estamos atravesando si dejamos que la corrupción termine de dominar totalmente el corazón del hombre.

Solo unas líneas generales para adentrarnos a leer este relato juntos:

1. No pienses que ya conoces esta larga narración. Puede que tengas un conocimiento mínimo porque te lo contaron o lo leíste sin mayor detenimiento. Ahora, te invito a leer esta narración con más calma y te convencerás que siempre hay elementos nuevos de discernimiento y, más, si nos tocan directamente por la realidad en que vivimos.

2. Se sabe gracias a los estudios bíblicos que lo que tenemos en estos capítulos del Génesis (6-9) es una composición elaborada por un redactor (o varios) que buscó armonizar de alguna forma probablemente dos versiones distintas (dos nombres de Dios, dos causas del diluvio, dos descripciones de cómo escoger a los animales para entrar al arca, dos tiempos señalados distintos para el diluvio, dos maneras distintas de describir de qué se trata el diluvio) a partir de una epopeya recogida de los mitos mesopotámicos, quizá aprendidos

mientras estaban exiliados en Babilonia (s. VI a.C.), y que luego a partir de la reflexión de fe de esa terrible experiencia, la propusieron como parte de los “relatos de los orígenes” (Gn 1-11). Hoy en día es muy difícil delimitar específicamente cada uno de las narraciones en su partida original, e incluso faltan otros elementos que ayudarían a confirmar que esto fue así (vacíos que nos hablan que los dos relatos no están completos), así que nos dedicaremos más bien a descubrir el mensaje desde la propuesta del último redactor, aunque no desechemos algunas cuestiones que se pueden desentrañar de ambas probables tradiciones (Sacerdotal y la llamada Yavhista).

3. Poner atención a los detalles que apoyan una lectura de fe más que el interés de confirmar si realmente sucedió o no este acontecimiento tan descomunal considerando que esta “historia base” no es patrimonio de la Biblia sino de muchos pueblos que describen un cataclismo universal, aunque su interés se centre luego en su propia historia particular.

Contexto del relato (Gn 6,1-4)

Se inicia este relato con una necesaria contextualización literaria, quizá por el afán de enmarcarla en una narración mítica conocida por los judíos y con el interés de indicar de que la maldad que se iba

extendiendo recibía una influencia externa al ser humano. El verbo que aparece al inicio del relato suele utilizarse habitualmente para expresar la idea de “contaminar”, “profanar” (חלל), pero que en la forma verbal hifil (en la que está en el texto) suele traducirse como “comenzar” (Gn 6,1). Esto provendría de cómo después de ofrendar a Dios la primera parte de la cosecha, se “comenzaba” a usar la restante en el uso cotidiano de los hombres. Aplicado a este texto, se ve que estamos ante un anticipo de lo que se viene en la historia: un mundo creado desde lo sagrado para ser sagrado, “empieza su historia profana”, la cual va a terminar “corrompiéndose” más y más, pues la armonía de la creación (Gn 1-2) se ve perturbada por una sucesión de hechos maliciosos: el pecado de Adán y Eva (Gn 3,1ss), el crimen de Caín contra su hermano Abel (Gn 4,1ss) y la venganza de Lamec (Gn 4,23ss), que desembocará en la determinación de enviar el diluvio.

Inmediatamente después, se confirma el mandato divino de que el ser humano se multiplique (Gn 1,28ss), aunque probablemente aquí se busque enlazar con una consecuencia negativa de este multiplicarse y que está tratada en los relatos míticos mesopotámicos (en el poema de Atrahasis, los dioses por la bulla de la cantidad de seres humanos determinan destruirla por la peste). Pero el autor bíblico jalonea el texto hacia otra dirección pues subraya que por este

multiplicarse se ha engendrando de manera particular hijas (con la capacidad de dar vida), y es aquí donde aparece una inserción muy llamativa, la presencia de unos seres extraordinarios denominados aquí “los hijos de Dios” (בְּנֵי הָאֱלֹהִים). Esto puede crear un problema al lector porque no se les ha mencionado antes y no los conoce. Ahora bien, gracias a la literatura para bíblica judía (sobre todo por los escritos de Qumrán hallados en 1945) sabemos que se está haciendo referencia a los “ángeles caídos” o “vigilantes” de la literatura judía henóquica (Libros de Henoc, apócrifos judíos), criaturas celestiales, que motivados por “ver” a las hijas de los hombres resultándoles “placenteras” (bellas) a sus ojos, abandonaron su esfera celestial y “caen” a la tierra distorsionando el orden establecido por Dios, pues terminan eligiendo mujeres para cada cual.

De esta forma, la sentencia que Dios pronuncia (Gn 6,3) confirma que tal actitud no está acorde a la voluntad creadora de Dios. Pero a su vez, surge la extrañeza de tal resolución, puesto que la decisión va en detrimento de los hombres, cuando más bien se ha señalado que los propulsores de la confusión son “los hijos de Dios”. Puede que detrás esté una especie de crítica a la fecundidad sin freno (no hay tierra para tantos) y a un poder humano que se atreve a desafiar a “los dioses”, siguiendo la línea de los relatos míticos antiguos. Al respecto de la

sentencia divina, se conoce que, dentro de la religiosidad de Israel, tener largos años era una señal de la bendición de Dios. Decidir limitar la edad a 120 años (si revisan las listas antediluvianas verán que la edad fluctúa entre 900 a 700 años; Gn 5,1ss) expresaría que se está dando una separación del favor de Dios (“espíritu” o “hálito”) en los seres humanos, y esto recién podremos constatarlo en Gn 11,25 cuando en la lista de los padres postdiluvianos aparecerá Najor, el abuelo de Abram, que vivió solo 119 años. La expresión “solo es carne” es una clara alusión a su naturaleza de criatura, dependiente de Dios. De esta forma, el hombre no puede darse los años que quiera, estos los pone el Señor.

Finalmente, se vuelve a mencionar a aquellos “hijos de Dios”, ahora como los “nefilim” (הַנְּפִלִים) o “caídos” (raíz: nafal, “caer”), seres celestiales quienes terminaron de distorsionar el orden dado por Dios engendrando hijos con las mujeres de la tierra, famosos por ser los grandes “guerreros” (הַגִּבּוֹרִים), los que traerán más bien dolor y enemistad entre los hombres por el arte de la guerra con el que se identifican.

Una posible causa de la destrucción de la tierra

Este parece ser un añadido tardío (Gn 6,5-6) buscando explicar la causa del deseo de Dios de destruir al hombre y a todos los seres vivos,

y esta termina siendo la mucha maldad en la tierra que es producto de la “tendencia (al mal) de la intención del corazón (del hombre)”. No se utiliza este vocabulario sino en la reflexión tardía del judaísmo (cf. Dt 31,21; 1Cro 28,9; 29,18). Justamente, la “tendencia” (יָצַר) expresa ese “moldeamiento” (יָצַר) hecho por Dios para dar vida al ser humano (cf. Gn 2,7), pero que ahora se ha trastocado, pues aquella “obra” buena, ahora solo conlleva intenciones e ideas malas.

A partir de este momento, la mirada de Dios se dirige al “hombre” (הָאָדָם) y se ha presentado un motivo más convincente para decidir acabar con su creación. Los sentimientos de Dios hacia su criatura cambian repentinamente: se siente dolido, defraudado, pues “se arrepiente” (נָחַם) de haber hecho a su criatura predilecta (dos veces se repite: vv. 6 y 7), y esto le lleva al enfado en su interior (Gn 6,7).

Esta vez la intervención del Señor es más firme y contundente: “borrar” (מָחָה) al ser humano que “ha creado”, pero no solo a éste sino también a todos los seres vivos (בְּרֵא el mismo verbo de “crear” usado en el relato primero de la creación, Gn 1,1ss). Se ha perturbado así totalmente la creación por culpa del ser humano. A simple vista, parece que no hay esperanza ya para este mundo lleno de maldad, a lo que se suma el enfado de Dios y el pesar ante su creación, pero de

pronto, se menciona un personaje particular, Noé, como el único hombre que halló favor a los ojos del Señor.

Escuchamos hoy prolijamente que la maldad se irradia por doquier y hay quienes apelan a buscar culpables en las estrellas, apelando a “la mala suerte”, “a un choque de planetas”, pero, en definitiva, la mirada vuelve una y otra vez al corazón del hombre. Esa llamada “*tendencia*” al mal, contradice la voluntad creadora de Dios, pero abre un panorama de reflexión teológica interesante: el don de la libertad. Dentro de los marcos normales, cuando hacemos el bien nos sentimos felices y experimentamos una sensación extraordinaria e incluso nos agrada recibir el reconocimiento de los demás; pero cuando nos equivocamos y hacemos daño la conciencia nos acusa y no nos sentimos bien, y apelamos a huir a la responsabilidad de asumir lo hecho. Ambas realidades brotan del ejercicio de un libre albedrío que está en la naturaleza. Pero es obvio, que, ante la maldad, la atención vuelve hacia el corazón del hombre justamente por la trascendencia de esa actitud malvada que termina por distorsionar la armonía de la creación. Por eso resulta que lo malo se hace más grande y más dañino; que termina por ensombrecer todo lo bueno que también hacemos. Pero, a pesar de tanta maldad, siempre hay un hombre justo, Noé, y basta que sea uno para que pueda

revertir hasta la peor de las situaciones en las que podamos estar.

Noé, el justo

Esta es la “generación” (תולדות) de Noé, el primer ser humano reconocido como “*justo*” (צדיק) siguiendo la lectura del Génesis (Gn 1,9), pero además es “*íntegro*” y “*procedía conforme a la voluntad de Dios*”. Desde Enoc, de quien se habla como “*hombre que procedía conforme a Dios*” (Gn 5,24), no se había hablado tan bien de alguien en la tierra.

Por los alcances de los nuevos acercamientos en los estudios bíblicos, parece ser que antes del exilio no se hablaba en Israel de un diluvio. Puede que se haya conocido en alguna lista genealógica un tal Noé, pero sin ninguna vinculación con el diluvio (cf. 1Cro 1,4) y, que incluso fue reconocido como un hombre “*justo*” (Ez 14,14.20).

Sabemos que las “*genealogías*” han ayudado a vincular la historia del presente con la historia del pasado, una historia de acontecimientos extraordinarios, pero también lamentables. Pero el autor bíblico ha decidido también vincularse con la historia más allá de la historia, con los orígenes del mundo, allí donde es difícil llegar con la veracidad histórica que hubiésemos deseado. De esta forma, Noé ya había aparecido en una de estas listas de los antepasados antediluviana

junto con sus hijos (Gn 5,32) que también serán nombrados aquí: Sem, Cam y Jafet (Gn 6,10). Un poco antes se le ha vinculado también a Lamec como su padre, alguien de quien se le conoce como un homicida y por quien surgiría la venganza de sangre (Gn 4,23ss), trayendo a la memoria el crimen de Caín. Todo esto parece ser un recurso anticipatorio a lo que sería el relato del diluvio, pues aquí mismo se presenta a Noé como quien “aliviaria” (נחם) a Lamec en el suelo maldecido por el Señor justamente por culpa de Caín (Gn 4,11).

Otra posible causa

Suena a repetición, pero resulta ser más bien la indicación de una nueva causa, la corrupción de la tierra y la violencia en demasía (Gn 6,11-12; propia de la otra tradición), y, además, aquí sí se señala el cataclismo que está por venir (Gn 6,17). Aparece tres veces la palabra “*corrupción*” en los versos 11 y 12, y esta aplicada a la tierra entera, y al proceder de “*toda carne*” (ser vivo). No es solo el corazón del hombre el dañado, sino que también la creación entera se ha pervertido, y la violencia se halla diseminada. Quizá el autor haya querido vincular esta violencia con la aparición de aquellos “guerreros” (Gn 6,4) que han roto la armonía entre todos los seres de la tierra. Y Dios contempla todo esto y debe intervenir.

Dios ordena, Noé obedece

El redactor decide que Dios comparta su terrible designio de poner fin a “*toda carne*” con Noé y le explica que la razón es la violencia descontrolada que ha llenado la tierra (Gn 6,13). Ante esta decisión, le ordena construir un arca con unas disposiciones bastante específicas (Gn 6,14-16). Le revela que enviará un diluvio (lluvia intensa) que caerá y acabará con todo ser vivo poniendo fin a la creación (Gn 6,17). Pero, de modo sorprendente, aparece por primera vez en la Biblia la palabra “alianza” (בְּרִית) y esta se da de forma unilateral para con Noé (Gn 6,18). Si quiere salvar su vida tendrá que confiar y obedecer, deberá entrar en el arca con su mujer sus hijos y sus nueras. Aquí aparece por primera vez cómo ha de escoger a los animales que entrarán con él en el arca (Gn 6,19-21a): animales por pares para salvar la vida, macho y hembra, y de las bestias, reptiles y aves, como en el primer relato de la creación (Gn 1), cada cual “según su especie”. Finalmente, debe reunir alimento para todos los que entrarán en el arca para el largo periplo (Gn 6,21b). Sin duda, lo más importante, es la respuesta de Noé: la obediencia (נִיּוּה), y esta se subrayará constantemente a lo largo del relato (cf. Gn 6,22; 7,5.9.16). Prácticamente, Noé no hablará en toda la narración, es un hombre de acción, de obediencia más que de palabra, porque la palabra la aporta Dios.

Se vuelve a subrayar la justicia de Noé en medio de la generación en que vive, lo que le lleva a obedecer la orden de entrar en el arca (Gn 7,1.5). Pero sorprendentemente se menciona una nueva manera de elegir a los animales (Gn 7,2-3): puros e impuros, así como las aves, con el fin de preservarles la vida y conservar su especie. Dios ha separado un germen, una semilla de la creación, lo que justifica de algún modo el tema del culto judío que al final de la narración va salir a la luz (Gn 9). Se empieza a señalar tiempos: “*después de siete días*” (ya sabemos la importancia del número 7), una lluvia por “*40 días y 40 noches*” (otro número importante). Esta es la forma en que “*borrará*” a todo ser viviente de la faz de la tierra (Gn 7,4). Nuevamente se subraya que Noé obedeció la orden de Dios (Gn 7,5).

El diluvio: dos descripciones

Se precisa el tiempo en que Noé vivió este acontecimiento del diluvio, con el mismo estilo de la tradición sacerdotal (Gn 7,6). Luego, se menciona que Noé entra al arca justamente porque se desató el diluvio y con él los animales puros e impuros (Gn 7,7-9). Como se había dicho, al sétimo día, descargó las aguas del diluvio sobre la tierra (Gn 7,10).

Nuevamente se menciona la edad de Noé (cf. 7,6), pero aquí se le vincula con el acontecimiento del cataclismo, y se nota

claramente que estamos ante la otra tradición, la del autor del primer relato de la creación, pues habla del “*océano primigenio*” (תהום cf. Gn 1,2) y, por tanto, describe el diluvio como una vuelta al desorden anterior a la creación (Gn 7,11; también citado por el *Libro de los Muertos* de Egipto). La fuerza provoca el rompimiento de la bóveda y las compuertas del cielo se abren cayendo las aguas contenidas en el firmamento durando todo esto cuarenta días y cuarenta noches (Gn 7,12).

Se repite la entrada de Noé con sus hijos al arca, con su mujer y sus nueras; y todos los animales según su especie (más no habla de puros e impuros aquí) y por pares (Gn 7,13-16a). Nuevamente se señala el cumplimiento de la orden de Dios por parte de Noé y es Dios quien cierra la puerta del arca (Gn 7,16b). Dios lleva adelante su designio, tanto destructor como preservador por cuarenta días.

El efecto de las aguas hace que suba el arca hasta más allá de las montañas más altas (Gn 7,17-20). Toda criatura pereció y lo repite vivamente para dar a entender que nadie sobrevivió según el designio de Dios (Gn 7,21-23). Pero solo Noé salvó con los del arca. Esto es algo muy propio de nuestra manera de contar las cosas (“no ha venido nadie...” y hay 10 personas; “todo ha salido mal...”, pero hay un aspecto muy bueno). Se señala un nuevo

tiempo, el de crecimiento de las aguas: 150 días (Gn 7,24).

Dios se acuerda de Noé y los del arca

Este es el momento del giro trascendental de la narración, pues cumplido el tiempo, Dios “*se acordó*” de Noé y de todos los seres que con él estaban en el arca y decide soplar un viento para que las aguas empiecen a secarse y descender (Gn 8,1). Una vez más aparece el “*abismo primigenio*”, pero esta vez se haya contenido pues se han cerrado las compuertas y, por tanto, ha cesado la lluvia (Gn 8,2). Es el momento en que las aguas empiezan a retroceder, como el ir y venir de las olas del mar, al fin de los 150 días de diluvio (Gn 8,3). La tierra debe quedar seca para que pueda darse la vida como en el primer relato de la creación. El arca encalló en las montañas de Ararat (con este nombre se conoce a la montaña más alta de la actual Turquía; no olvidar que estamos en el “mundo de la Biblia”; Gn 8,4). Por tres meses fueron descendiendo las aguas hasta que aparecieron las montañas (Gn 8,5).

Período de espera para que desciendan las aguas

A los cuarenta días (como vemos se mezclan las numeraciones del tiempo), Noé decide abrir la ventana del arca para ver si habían

descendido las aguas y, para ello, va enviando sucesivamente aves, sobre todo un cuervo y una paloma (Gn 8,6-12). En esto se asemeja mucho a la Epopeya de Gilgamés, relato mítico mesopotámico, donde primero el personaje de la historia, Utnapishtim envía primero a una paloma, luego a una golondrina y finalmente al cuervo (animal impuro, Lv 11,15). Puede que el autor haya escogido a la paloma al final por no estar considerada dentro de los animales impuros. A los siete días volvió a lanzar a la paloma y esta volvió por la tarde con una hoja de olivo (cf. Jr 11,16), indicio que había descendido las aguas. A los siete días después volvió a soltar la paloma y, esta vez, ya no volvió más (Gn 8,12). Se precisa la fecha cuando se secaron las aguas y Noé abre la cubierta y contempla que las aguas se habían secado (Gn 8,13-14).

Dios ordena salir del arca y Noé construye un altar

Es Dios quien les ordena salir y les manda como en el momento de la creación “*crezcan y multiplíquense sobre la tierra*” (Gn 1,22: וַיִּבְרָא וַיִּבְרָא). La alusión es más que evidente, estamos ante una nueva creación (Gn 8,15-17). Una vez más Noé obedece y salen todos del arca (Gn 8,18-19).

Esta parte indicaría que corresponde a la tradición sacerdotal, pues después del diluvio, es el primer hombre que construye un altar

para el Señor (Gn 8,20) y ahora se podría entender por qué había que elegir más animales puros, pues, los tuvo que ofrecer en holocausto (cf. Gn 7,2). El aroma del sacrificio es “*aspirado*” por Dios y lo calmó pronunciando la sentencia tan esperada: “*No volverá a maldecir la tierra por causa del ser humano*” (Gn 8,21; cf. Gn 4,11). Se reconoce la tendencia del ser humano a obrar mal pero no por ello se ha de ensañar nuevamente contra la tierra (Gn 8,21b). Además, se advierte que no cesará el orden cotidiano de la vida (Gn 8,22).

Es interesante acotar que la primera alusión clara a Noé y al diluvio se encuentra en Is 54,9-10:

Me sucede como en los días de **Noé**: como juré que las aguas de **Noé** no inundarían más la tierra, así juro no irritarme contra ti ni reprenderte. Porque las montañas se moverán y las colinas vacilarán, pero mi amor para contigo no se moverá y mi alianza de paz no vacilará, dice quien se apiada de ti, Yahveh.

Posteriormente, hay que abrir los deuterocanónicos de la época helenística para hallar más noticias de Noé y del diluvio:

Eclo 44,17-18: **Noé** fue hallado perfecto justo, en el tiempo de la ira fue instrumento de reconciliación. Por él quedó un resto en la tierra cuando sobrevino **el diluvio**. Alianzas eternas se establecieron con él, para que **el diluvio** no exterminara a los vivientes.

Sab 10,4: La tierra, por su culpa sumergida, fue de nuevo salvada por la sabiduría, que guio **al justo** en un frágil leño.

Sab 14,6-7: También al principio, cuando los orgullosos gigantes perecían, la esperanza del mundo se refugió en una barca; y, gobernada por tu mano, dejó al mundo semilla de posteridad. Sea, pues, bendito el leño por el cual se realiza la justicia.

Dios bendice a Noé

Cual nueva creación, Dios bendice a Noé como en el relato del origen del cielo y la tierra (ויברך) manteniendo la perpetuidad de la especie, pero este diluvio trajo consigo un cierto cambio (Gn 9,1-7). Las relaciones entre las criaturas se han trastocado. El mal, a pesar de ser borrado de la tierra deja consecuencias, y esto es algo que muchas veces no queremos aceptar. Así tenemos como los seres humanos pasarán a infundir temor a los animales, los cuales pasan a ser entregados para la alimentación del ser humano, por tanto, se ha cambiado la dieta alimenticia vegetariana (Gn 9,3; cf. Gn 1,29-30). Pero este cambio tiene también sus exigencias: no podrán comer la sangre, lo que manifiesta claramente que, aunque infundan ese temor, no tienen el derecho de quitarles la vida a no ser dentro del marco cultural (Gn 9,2). Pero en relación a la sangre, también se condena el homicidio y Dios pedirá cuentas por ello (Gn 9,5-6). Este respeto es llevado a un control riguroso y por eso se aplica la ley del talión, para que aquel

crimen no termine en una cadena de venganzas que distorsionen aún más la creación, sino que se pague según lo hecho. Dios ha cumplido su palabra con Noé y su familia y confirma la alianza que había hecho para con éstos y todos los seres vivientes que entraron en el arca (Gn 9,9-10). Dios no volverá a destruir la tierra con un diluvio. Aparece la señal de la confirmación de la alianza: el arco iris (Gn 9,11-17). Dios es quien propone el signo, y es este signo al que mirará Dios para acordarse de su promesa. Una vez más, Dios toma la iniciativa y señala el signo de la alianza que él dispone para respetar su promesa. La obediencia de Noé ha salvado a la humanidad y a toda la creación.

Algunos elementos para la reflexión:

- Es de destacar en este relato la importancia que se le da a la voluntad y la responsabilidad del ser humano en relación a sus actos traducida en esa *tendencia de hacer el mal*. Parece que no convencía para el redactor final que haya sido suficiente causa de la catástrofe de la tierra el pecado de los ángeles caídos y asume que esto depende de las malas decisiones del ser humano. Es verdad, que en la doctrina cristiana se ha asumido la naturaleza del diablo y sus demonios como actores específicos del mal por

excelencia, pero se nota la preocupación de que se admita que el ser humano, capaz de tomar decisiones, se deja “inclinarse” o “tiende” a realizar el mal, lo que produce unas consecuencias lamentables no solo para sí mismo, sino que se ve afectada las relaciones entre los hombres y la creación entera. Esto nos puede llevar a tomar conciencia de las terribles consecuencias que traen nuestros pecados. Es como lo que se viene cuestionando acerca del cambio climático: no pensamos en los que vendrán después de nosotros. Así, terminamos por destruir la creación y en realidad, aunque la decisión de Dios puede traducirse como el autor del diluvio, la maldad del corazón del hombre ha llevado a “destruir” la creación de Dios. Quizá por ello, el redactor final quiso vincular el tema del diluvio con el orden inicial de la creación poniéndolo en contraste. De allí, que se entienda el diluvio como un “acto purificador”, un “borrar” todo lo contaminado por el pecado y arrancarlo de raíz. Si hablamos de corrupción entendemos que es el mayor daño posible a la humanidad y a la creación, porque sabemos que el daño es muchas veces irreparable, y

sus consecuencias son nefastas y aun así seguimos obrando corruptamente.

- En la historia profana que se abre para la humanidad, la presencia de Dios subyace en la propia vida de las criaturas. El peor error del hombre es querer apropiarse de algo que no ha hecho. Le ha sido dado. No hay oposición de lo mundano y lo sagrado; hay vinculación y esto intenta presentar sobre todo la tradición sacerdotal que necesita de los animales puros para buscar justificar la importancia del culto. Se ha dado los elementos claves para entender el tema de los sacrificios en el mundo antiguo: se busca reparar el daño lo que implica un reconocimiento de lo mal que se ha procedido; se requiere unir el mundo profano con el mundo sagrado para lo cual no se puede exigir la vida de un ser humano, pues es creado a imagen de Dios, sino se busca un animal puro, expresión de esta realidad del mundo para que al ser sacrificado pueda entrar a la dimensión de lo sagrado manifestado en el aroma del holocausto que es capaz de aquietar la cólera divina. En todo el relato Dios ha sido el actor principal, pero en la construcción del altar y el sacrificio ofrendado el rol de Noé es determinante. Aquel hombre

justo, es el destinado a equilibrar un nuevo orden en esta tierra. La presencia de Dios en el actuar del justo es lo que ha determinado la salvación del género humano y de todos los seres vivientes. ¿Dónde estás Noé? ¡Te necesitamos! Esto abre la esperanza de que la maldad no puede tener la última palabra. Noé se convierte en el germen de una nueva humanidad, que tiene que volver a empezar, que va tender a equivocarse y a pecar, pero que puede ofrecer una reparación y buscar nuevamente impulsar el orden de una nueva creación que reconoce a su Creador.

- La alianza de Dios con Noé y con los seres de la tierra es unilateral. Dios es quien en todo momento lleva adelante su designio que puede ser muchas veces entendido como destructor y otras tantas como preservador, pero hay un dato de confianza: Dios no volverá a destruir la tierra. Ya no se entenderá más el fin del mundo como destrucción sino como transformación. El mundo está sujeto sí a que podamos eliminarlos unos a otros y dañarlo irreparablemente, pero que no sea tan grande la soberbia del ser humano, porque este mundo está preservado por una promesa firme de parte de Dios y corroborada

con un signo en el cielo: el arco iris. La obediencia de Noé es el camino a seguir. Noé se mantiene en su justicia, confía, obedece, espera, ofrece. Suele ser lo que hace un creyente ante las adversidades y es lo que tenemos que hacer en estas circunstancias.

Conclusión

No sé cuanta más corrupción tengamos que ver, no sé si ya hemos tocado fondo, no sé si seamos tan conscientes del daño que hacemos al mundo, no sé si la maldad en el corazón del hombre termine de distorsionar esta hermosa creación, lo cierto es que, Dios sigue buscando a Noé, Dios sigue confiando en el ser humano. ¿Tenemos que esperar un cataclismo para reaccionar acerca de nuestros actos corruptos? Pues parece que esa es la tendencia y, por eso, siento que este relato tiene mucho que decirnos hoy. Si aplicásemos la lógica humana (y creo que por aquí va el redactor bíblico), claro que Dios, autor de todo, tiene el poder de destruir su creación pues éste ha perdido el rumbo y el sentido para el cual fue creado. Pero, si hay un ápice de bondad y justicia, ¿Dios podrá ir en contra de su propia voluntad? Puedo imaginarme cómo habría tenido sentido esta narración mítica en los corazones de quienes la escucharon por primera vez: los dioses no comprenden cómo los seres humanos han

podido atreverse a desafiar el orden establecido y deciden arrasar con una catástrofe todo lo creado para ellos, pero no pueden determinar la destrucción total pues hay un hombre justo y uno de aquellos dioses cree que ese hombre justo puede encarnar junto con los otros seres vivos un germen de esperanza. Aunque con esas connotaciones míticas, resulta válido el argumento. El autor bíblico ha pasado de la dimensión mítica a la lectura de fe, y ha retratado el “dolor” del Dios universal (y de Israel) porque el ser humano se ha desfigurado y distorsionado. Y aunque es preciso arrancar de raíz el mal, Dios no puede condenar al justo con el pecador. Es obvio, que este relato intenta insistir que el mal que uno hace repercute hondamente en el prójimo, se hace mucho daño, y es preciso “borrarlo” de plano, pero no es suficiente con eso, no se puede permitir que la violencia sea la respuesta para solucionar las cosas, se necesita reparar el daño, se necesita devolver el carácter sagrado de esta creación y esto lo tiene que hacer el mismo ser humano, por medio de un ofrecimiento y un compromiso que se traduce en la palabra “alianza”. Estoy convencido de que Dios no determinará la destrucción de esta creación, sino su transformación a una vida perdurable en virtud del gran sacrificio de la propia vida de Cristo el hijo de Dios. Esto es parte de nuestra convicción de fe de cristianos. Pero si miramos las cosas desde la convicción de todo ser

humano de buena voluntad, tenemos que llamar a los justos Noé de todos los tiempos, y a confiar en ellos, a los cuales hay que implorar que no deban esconderse, que no es tiempo de refugiarse o de temer, es tiempo de hacer imperar la justicia, de infundir confianza y esperanza a los demás, de escuchar y obedecer el deseo de preservar la vida, de acompañar y saber esperar para superar la

adversidad, de ofrendar de lo mejor para agradecer cada día esta vida frágil, pero a su vez maravillosa, que hemos recibido. Ya es tiempo de parar esa actitud de echar la culpa a lo que es ajeno al ser humano: en nuestras manos está el hacer perdurar la tendencia al mal o restaurar desde la justicia un mundo según la voluntad de Dios. Yo intentaré optar por lo segundo, ¿te animas a colaborar?

Bibliografía:

- BALZ H. y SCHNEIDER G. (ed.), *Diccionario exegético del Nuevo Testamento*, I y II tomos, Sígueme, 2005 y 2002.
- BEAUCHAMP y VASSE, *La violencia en la Biblia*, Cuadernos Bíblicos 76, Verbo divino, 1992.
- LOZA J. y DUARTE R., *Introducción al Pentateuco. Génesis*, Verbo divino, 2007.
- MATTHEWS V. y BENJAMIN D., *Paralelos del Antiguo Testamento*, Sal Terrae, 2004.
- SALAS A., *Los orígenes. Del Edén a Babel*, Paulinas, 1992.
- SKA J., *Compendio de Antiguo Testamento. Introducción, temas y lecturas*, Verbo divino, 2017.